

LA DESCANSADA VIDA

por Francisco-Manuel Nácher

Me encuentro leyendo, sentado en mi tumbona, a la sombra del olmo que domina el pequeño jardín. A mi lado, sobre el césped, dormita Don, mi perro, con once años ya y con la barba tan blanca como la mía. A mis pies se desparrama, indolente, con esa desfachatez que da la inocencia, mi gato Foc, un cachorro de cinco meses, de gato persa atigrado, color fuego, pendiente de cualquier insecto, cualquier hoja o cualquier rama que se mueva, para intervenir. Para él todo el mundo es un juguete. Y él juega con todo. Sin miedos, sin cavilaciones, con la espontaneidad que sólo la ignorancia proporciona.

Cerca de mí, mordisqueando el trébol que crece con el césped, Ramón y Ramona, nuestras dos tortugas africanas, realizan su paseo diario, recién abandonado su cobijo nocturno bajo las arizónicas.

Sobre mí, en lo alto del olmo que me protege del sol, y en las ramas del magnolio y del castaño de indias, los pájaros revolotean y se cuentan ruidosamente sus cosas... A lo lejos se oye algún ladrido, la voz ininteligible de algún vendedor...

Al final del césped, apenas a diez metros de mí, una rocalla cubierta de flores, rompe el conjunto uniforme del verde con mil colores. Las abejas se afanan entre las petunias, las caléndulas, las dalias, las primulas, las violetas, los claveles, las salvias...

De vez en cuando, la brisa del oeste me hace llegar el suave perfume del tomillo, la hierbabuena, el orégano y el romero, que se arraciman en el extremo derecho de la rocalla, más allá del olivo que planté hace ya... va para quince años...

Y, tras la rocalla, la piscina, sin pretensiones (8 x 4 metros), llena de agua fresca y transparente, que me tienta intermitentemente, segura de que cederé a su atractivo en cuanto el sol de agosto me haga desearla.

A mi lado, unos libros, un bloc, un bolígrafo, el inalámbrico, unos auriculares y unos cassettes de música clásica...

Mi mujer se afana en la cocina, preparando la comida con la alegría de saber que hoy la compartirá con nosotros nuestra hija, ya casada y esperando nuestro primer nieto, antes de incorporarse a su trabajo como médico en un Centro de Salud próximo. Mi hijo está trabajando en algo que le gusta y le ilusiona. Y, además, estamos todos sanos. Completamente sanos. Vergonzosamente sanos. ¿Se puede pedir más?

Habrá en el mundo quienes tengan o sean o logren más que yo, mucho más - en el mismo Pozuelo existen mansiones inmensas, palacios con jardines interminables, piscinas olímpicas, coches larguísimos... - pero nadie ha sido feliz tantos años junto a su esposa como yo ni puede ser el padre de mis hijos ni ha vivido mi vida. Eso me pertenece en exclusiva.

Seguramente he soñado con esto tantos años y con tal intensidad mientras mi vida activa profesional me obligaba a jornadas de doce y catorce horas ininterrumpidas de trabajo que, materialmente, con mi insistencia en imaginarlo así, lo he creado.

 Qu  lejos quedan aquellos días de zozobras, de problemas, de malentendidos, de zancadillas, de envidias, de ambiciones, de incertidumbres ante el futuro inmediato y aún mediano, de incomprendimientos de los de arriba y de los de abajo, de decisiones obligadas y a veces dolorosas, de soledad en el puesto de responsabilidad rodeado de gente... y también, qué lejos los momentos de comprensión, de sintonía, de comunión, de sinergia, de compañerismo, de satisfacción por la labor bien hecha, de ilusión por el trabajo por hacer, de sentido de la responsabilidad, de satisfacción al aprender y al enseñar, de saberse parte de un equipo, de formar equipo, de dirigir equipo, de esforzarse por transmitir lo que se sabe, de ser honesto, responsable, cumplidor, tolerante, exigente y ser, a la vez, ejemplo de todo lo que se exige...!

 Qu  lejos está todo! Y, al mismo tiempo,  qu  cerca! Tan sólo dos años han transcurrido desde que me sorprendió la jubilación y ya parece un siglo. Sin embargo, todo ello, todas aquellas personas que pasaron por mi vida y por cuya vida pas , est n aún dentro de mí, las sigo viendo y oyendo, forman parte de mi experiencia vital y por ello a todas les debo algo. Todas me enseñaron en algún aspecto. Y deseará haber enseñado también a todas ellas algo digno, pues s  que yo formar  igualmente siempre parte de sus vidas.

Hace prácticamente un mes que no salgo de casa. Pero,  para qué? Podr  irme, como hacen casi todos, a pasar el fin de semana fuera. Pero,  ad nde?  A la playa, a tostarme incómodamente lleno de arena, cuando puedo hacerlo cómodamente en mi jardín?  A comer cochinitillo en un restaurante lleno de gritos, de r uidos, de nervios, de gula, de vientres voluminosos, de olor a cocina, de sudor, de prisas, cuando mis necesidades gastronómicas son espartanas pues no bebo, no fumo y soy vegetariano?  Al campo, a comernos una tortilla llena de hormigas o a cocinar primitivamente en una barbacoa, junto con un montón de gente que

pretende hacer lo mismo al mismo tiempo, y tumbarme luego la siesta sobre una colchoneta corta e incomodísima, cuando puedo tener más paz, más campo, más aire puro y mejor cama para la siesta en mi propio hogar?

Mi casa está siempre abierta a todos mis amigos, a los amigos de mi mujer y de mis hijos y hasta a los amigos de sus amigos. Todos son bien recibidos, todos tienen un cubierto en nuestra mesa aunque lleguen de improviso. ¿Para qué salir? Yo veo llegar e irse a la gente y todos me dejan su involuntario mensaje. Y todos me dan pena porque a ninguno lo veo todo lo feliz que yo me siento.

Y dirá el lector: ¿Por qué se siente feliz? ¿Qué hay que hacer para sentirse dichoso?

Pues, lo curioso del caso es que, precisamente, no hay que hacer nada. Todos se afanan actuando, cambiando de sitio y de actividad y de residencia y de amigos, creyendo que ése es el camino hacia la felicidad. Y eso es un error: Por eso no llegan.

Para ser feliz hay que hacer exactamente lo contrario: No pretender nada. No me refiero, claro, a no trabajar y convertirse en un pordiosero o en un parásito de la sociedad. No. Me refiero a no considerar las cosas como fines. Las cosas son sólo instrumentos, medios, herramientas que hemos de manejar para cubrir nuestras necesidades mínimas. Y, hecho esto, la búsqueda ha de ser interior. Ningún bien material, por bello, valioso o incluso único que sea, puede proporcionarnos la felicidad. La felicidad es sólo y exclusivamente una cuestión interna. La felicidad no se siente en la piel ni en las manos ni en los bolsillos ni en la cuenta bancaria ni en la cantidad de gente que nos obedezca o nos siga o nos admire o nos lisonjee o nos tema. No. La felicidad se siente en el corazón y de allí irradia a todo el cuerpo. Y es proporcional a lo bien que esté uno consigo mismo, tenga o no tenga bienes, fama o poder.

Yo no tengo ningún bien, aparte del chaletito en el que vivo y un coche de segunda mano, que mis sudores de años me han costado. Y mi jubilación, que bien la he pagado también desde que comencé a navegar por la vida. No tengo ningún poder, salvo el limitadísimo del paterfamilias cuando los hijos ya son mayores o se han casado. No soy famoso ni lo pretendo. Estoy enamorado de mi mujer, que sigue pareciéndome, después de treinta y tres años de vida conyugal, la más hermosa y la más atractiva y la más inteligente de las mujeres. Tras tantos años juntos, hemos llegado al mutuo conocimiento. Los dos hemos tenido que renunciar a algo en beneficio del otro, los dos hemos aprendido mucho del otro y, tras una

existencia compartida, con todos los avatares que conlleva tener hijos, criarlos, educarlos y encarrilarlos por la vida, somos felices si, cogidos de la mano, nos sentamos ante el televisor a ver una película que nos apetece. Y nos decimos buenas noches repitiéndonos que nos queremos. Y nos despertamos recordándonos, todos los días, lo que nos hemos dicho miles de veces y los dos sabemos de sobra, pero sigue gustándonos oír: Te quiero.

A veces, me acomete el pensamiento, que yo veo justificado, de que no nos merecemos toda la felicidad de que estamos disfrutando. Mirando a nuestro alrededor, considero que somos unos privilegiados. Pero, ¿qué hacer? No tenemos más dinero que el que cubre nuestras necesidades, digamos, elementales. No fumamos, no bebemos, no cenamos fuera de casa, en los últimos veintitrés años hemos ido tres veces al teatro y cuatro o cinco al cine. No hacemos grandes dispendios y nos limitamos a lo que, sin esfuerzo, podemos pagar. Tan sólo, eso sí, compramos libros, ya que la lectura es nuestro vicio. Tuvimos, mientras yo estaba activo, y por estarlo en el mundo del turismo, una época en que nos fue posible viajar casi sin gastos, y lo hicimos a lo largo y a lo ancho de los cinco continentes. Ahora eso se acabó. Pero tampoco nos hace falta. Ya lo tuvimos en su momento.

¿Qué podemos hacer si el mundo va tan mal? Por supuesto, parte de nuestro dinero va a parar a obras benéficas. Toda la vida hemos dedicado un porcentaje de nuestros ingresos a ese fin. Pero eso no basta. El mundo necesita más. Mucho más. Y, ¿qué hacer? ¿Cruzarnos de brazos? ¡No!

Puedo dedicar mi tiempo a trabajar en una ONG. Pero esa labor sólo sería el trabajo físico de dos manos viejas, cansadas y poco hábiles, que otras jóvenes pueden realizar mejor. Sólo un impropio y diminuto grano de arena en el inmenso edificio que hay que construir para que el mundo cambie.

¿Entonces?

Quizá aquello en que más útil pueda resultar sea en la labor que estoy acostumbrado a hacer y para la que me siento más preparado y más aprovechable: Pensar y escribir. Si logro enseñar a alguien y aún a álguienes a pensar por sí mismos, a buscar debidamente la felicidad y, consecuentemente, a ser felices y a hacer con ello un poco más feliz al mundo, seré más efectivo que de ningún otro modo. Por eso escribo.

* * *